



## Ordo Franciscanus Saecularis Consilium Internationale

Prot. 3895

Roma, 5 de abril de 2026

A todos los hermanos y hermanas de la  
Orden Franciscana Seglar

**Objeto:** Carta para la Pascua de 2026

Queridos hermanos y hermanas,

¡Que el Señor les dé su paz!

«*El que había luchado valientemente en la Iglesia militante entró en la Iglesia triunfante.*» (TM 38)

Este año, 2026, es muy especial para todos nosotros, franciscanos, tanto laicos como religiosos. Este es un año jubileo, el 800 aniversario del transitus de San Francisco, o dicho de otro modo, la Pascua de San Francisco. Con motivo de la Pascua, quisiera invitarlos a un viaje especial, pues el fallecimiento de San Francisco va mucho más allá de la muerte corporal de un santo, sino que es una inspiración para mirar más allá. Celebramos la Pascua, las grandes obras de Dios, quien no solo permitió que su amado Hijo muriera por nuestros pecados, sino que nos consagró la victoria sobre la muerte, la victoria sobre el pecado.

Me gustaría invitarlos a reflexionar sobre los últimos momentos de la vida de San Francisco aquí en la tierra y los primeros momentos de su tránsito, a través de los ojos y el testimonio de alguien que era muy cercana a San Francisco, que fue una amiga secular del Santo. Lo que Jacoba de Settesoli hizo y lo que vivió pueden servirnos de ejemplo e inspiración. Podemos leer sobre esto en el **Tratado de los Milagros de San Francisco** de Tomás de Celano, y me gustaría invitarlos a examinar con atención algunos pasajes de lo que nos cuenta. Aunque probablemente no perteneciera formalmente a la Tercera Orden de San Francisco, en espíritu era franciscana, en cierto sentido más que cualquiera de nosotros. Cinco instantes, cinco momentos, nos invitan a detenernos un momento y reflexionar sobre la bondad de Dios y sobre la relación amorosa entre un hombre sencillo, un gran santo, y una mujer devota, amiga laica del pobre hombre de Asís. Los invito a aprender de su ejemplo, de lo que ella, una seguidora laica de San Francisco, hizo.

### **Primer momento**

*¡Bendito sea Dios, que nos ha traído a nuestro hermano Doña Jacoba!*

Aunque podemos leer que Jacoba de Settesoli aparece, no fue una cosa casual, no apareció de la nada. Ya, semanas antes, la amiga visita a su amigo, porque Dios la inspiró a hacerlo. Sabía que probablemente sería su última visita. Ella había comenzado mucho antes, tenía que prepararse, prepararse a sí misma, a sus hijos, preparar a toda la comitiva, preparar las cosas que debía llevar. La inspiración divina llegó antes de que naciera el deseo en el corazón de San Francisco. Ella tenía oídos para saber lo qué debía hacer. San Francisco y el hermano Jacoba eran amigos, hermanos en Cristo. Estaban unidos en pensamientos y oraciones. Lo que uno pensaba, el otro lo escuchaba. ¡Qué maravillosamente preparó Dios esta visita! ¡Qué receptiva estaba el hermano Jacoba a las inspiraciones del Espíritu Santo!

**Primera invitación:** ¡Mantengámonos siempre abiertos, con los oídos y el corazón abiertos, a las inspiraciones de Dios! Recordemos que «*el Espíritu Santo es...el animador de la vida fraterna y de la misión*»<sup>1</sup>,

---

<sup>1</sup>GG.CC. 11

y dejémonos guiar por «*el Espíritu del Señor y su santa actividad*»<sup>2</sup>.

### **Segundo momento**

*La santa mujer había traído consigo todo lo que se solicitaba en la carta que acababan de escribir para el entierro del padre.*

El Espíritu Santo le dio indicaciones precisas sobre qué llevar consigo. No se trataba de una colección arbitraria de cosas, ni de meras ideas suyas. *Dios había provisto todo lo que el espíritu de este hombre deseaba: ella trajo un paño color ceniza para cubrir el pequeño cuerpo del que partía; muchas velas; un paño para su rostro; un cojín para su cabeza; y un plato especial que el santo anhelaba.* La lista es completa, en todo sentido. Hay cosas para el cuerpo y cosas para el alma. Hay cosas para el último momento antes del tránsito, y también cosas para los primeros momentos después de la muerte del cuerpo. Hay cosas para las necesidades prácticas y otras para la liturgia del santo. Ella trajo todo lo necesario. Por un lado, son pocas cosas; por otro, hay todo. La atención del hermano Jacoba y su afecto fraterno la impulsaron a traer aquello que *el espíritu de este hombre deseaba*, porque se centró en Francisco y no en sus propias ideas.

**Segunda invitación:** Dios no nos pide muchas cosas. Reflexionemos: ¿cuáles son esas pocas cosas esenciales en nuestra vida que son realmente necesarias para expresar nuestro cariño, nuestra amistad, nuestro espíritu fraterno? Usar lo que Dios nos ha confiado «*como buenos administradores y no como dueños*»<sup>3</sup> significa estar atentos a las necesidades reales de aquellos a quienes somos enviados.

### **Tercer momento**

*Todos esperaban que el santo renaciera de su muerte muy pronto. Pero la llegada de la devota dama romana pareció fortalecerlo.*

¡Miren, un milagro puede ser provocado por un simple gesto fraterno! Todos hemos vivido esta misma experiencia, o una similar, al visitar a los enfermos y a los ancianos. El amor y el cuidado son, en verdad, fuente de vida. Quien se siente amado se siente más fuerte, más sano, más alegre y feliz. El hermano Jacoba fue un verdadero instrumento de Dios al hacer que Francisco se sintiera amado, ¡y esto provocó un milagro en su vida!

**Tercera invitación:** Si todo lo que hacemos, lo hacemos con gran amor a Dios y a nuestros hermanos, podemos provocar milagros, ¡seremos dadores de vida! Cuando nos encontramos con aquellos que tienen que “*aceptar la enfermedad y las crecientes dificultades y tienen que encontrar un sentido más profundo a su vida*”<sup>4</sup>, tenemos que “*Traer la alegría y la esperanza a los demás*”<sup>5</sup>. ¡Vayamos, demos vida!

### **Cuarto momento**

*La llevaron en privado, a solas, y le pusieron el cuerpo de su amigo en los brazos. «Aquí», dijo el vicario, «abrazo, incluso en la muerte, a quien amaste en la vida».*

¡Qué privilegio! La muerte no puede acabar el amor. A quien amamos de verdad, lo amamos en la vida y en la muerte. Este momento nos recuerda aquel en que el cuerpo de Cristo fue bajado de la cruz y entregado a María. Es muy duro tener a alguien muerto en nuestros brazos. No nos damos cuenta de que no experimentamos solo la muerte física, sino el alma que vive y vivirá. La fe en la vida eterna es un don de Dios. El cuerpo puede estar muerto, pero el alma vive y el amor sigue siendo verdadero y real. Por eso, la muerte de Cristo en la cruz y su resurrección, el gran don de la Pascua, no es solo el mayor misterio, sino el centro de nuestra vida, por lo cual solo podemos dar gracias a través de esta fe.

**Cuarta invitación:** No dejemos de dar gracias por el don de la vida y por el don de la fe. El dolor y la tristeza pueden transformarse en esperanza y paz en un corazón agradecido por la vida y la fe.

---

<sup>2</sup>RB 10.8

<sup>3</sup>GG.CC. 15.3

<sup>4</sup>GG.CC. 27

<sup>5</sup>Reglamento 19

### Quinto momento

*Contempló aquellas marcas que la mano del Todopoderoso había esculpido para que el mundo entero los admirara. En ese mismo instante, aconsejó que semejante milagro inaudito no se ocultara ni se disimulara más. Más bien, sabiamente recomendó que se exhibiera para que todos lo vieran con sus propios ojos.*

Los dones que ella (y sus compañeros presentes en aquel momento) recibieron de Dios no podían disimularse ni ocultarse; debían ser compartidos. Experimentó una alegría tan singular, un consuelo tan profundo, que la impulsó a decir esto. Podemos estar casi seguros de que aquel momento marcó el resto de su vida. Los que tuvieron el privilegio de visitar Asís en febrero-marzo y contemplar los restos de San Francisco pudieron haber tenido la misma experiencia. Pero, además, podemos afirmar que los que no pudieron estar presentes compartieron también una alegría semejante que enriquece y renueva la fe. Este compartir fraterno fortalece la fraternidad y ayuda a nuestros hermanos y hermanas a renovar su camino vocacional.

**Quinta invitación:** Seamos conscientes de que los dones de Dios no son solo para nosotros mismos, sino también para ser compartidos, para el bien de nuestros hermanos y hermanas. Por lo tanto, compartámoslos, para que cada hermano y hermana pueda vivir con alegría «*unidos por su vocación como “hermanos y hermanas de la penitencia” y motivados por el poder dinámico del Evangelio*». <sup>6</sup>

Queridos hermanos y hermanas,

Les pido amablemente que tomen al hermano Jacoba como ejemplo para todos nosotros, para que aprendan a amar a San Francisco y a nuestros hermanos y hermanas. Les pido amablemente que aprendan de este momento de la vida de San Francisco y de ella, cómo debemos vivir el amor fraterno, cómo debemos acudir los unos a los otros con atención y cuidado.

Aprendamos del hermano Jacoba, abramos nuestras acciones a la inspiración del Espíritu Santo, busquemos lo necesario, como buenos administradores, llenemos nuestras acciones de amor para que podamos traer alegría y esperanza, hacer milagros y dar vida; estemos siempre agradecidos por nuestra vida y por nuestra fe, y no escondamos los tesoros que hemos recibido de Dios, no solo para nosotros mismos, sino también para el beneficio de nuestros hermanos y hermanas.

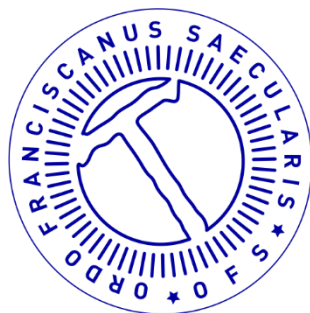
Que esta Pascua sea una oportunidad para renovarnos y ser renovados. Que el tránsito de San Francisco, ocurrido hace 800 años sea recordado este año de manera especial, que nos inspire a renovar nuestro compromiso vocacional, a renovar nuestra decisión de vivir una vida más fraterna en las fraternidades y a entregarnos con mayor devoción a aquellos a quienes Dios nos guía.

¡Les deseo a todos una feliz Pascua! ¡Vivan este tiempo con alegría y gratitud! Demos gracias a Dios por la vida de San Francisco y por nuestra vocación. ¡Recorramos juntos nuestro valioso camino vocacional, siguiendo a Cristo resucitado tras las huellas de San Francisco!

Su hermano y su ministro



Tibor Kauser  
Ministro General



---

<sup>6</sup>Reglamento 7.

## CAPÍTULO VI

### LA DOÑA JACOBA DE SETTESOLI

860 37. Jacoba de Settesoli, cuya fama en la ciudad de Roma era igual a su santidad, se había ganado el privilegio de un afecto especial por parte del Santo. No me corresponde repetir, en su alabanza, su ilustre linaje, la nobleza de su familia, su vasta riqueza y, finalmente, la maravillosa perfección de sus virtudes, su larga castidad como viuda. Por lo tanto, cuando el Santo estaba enfermo de la dolencia que lo llevaría, después de tanto sufrimiento, a una muerte bendita, al feliz final de su vida, pocos días antes de su muerte, pidió que se notificara a la Doña Jacoba en Roma, para que si deseaba ver a aquel a quien ya había amado tanto en el exilio en la tierra y que ahora estaba cerca de regresar a su patria, se apresurara a venir. Se escribió una carta, se buscó un mensajero muy rápido y, habiéndolo encontrado, se preparó para el viaje. De repente, se oyeron en la puerta el pisoteo de caballos, el estruendo de los soldados y el ruido de una procesión. Uno de los hermanos, el que estaba dando instrucciones al mensajero, se acercó a la puerta y se encontró en presencia de aquel a quien buscaba a lo lejos.

Asombrado, se acercó rápidamente al santo y, lleno de alegría, le dijo: «Padre, le traigo buenas noticias». El santo, anticipándose a él, respondió: «¡Bendito sea Dios, que nos ha traído a la Jacoba, nuestro hermano! ¡Abran las puertas!», exclamó, «¡y déjenla entrar, porque el decreto sobre las mujeres no se aplica al hermano Jacoba».

38. Hubo gran regocijo entre los ilustres invitados, y lágrimas de alegría y emoción. Además, para asegurar que no faltara nada para el milagro, se descubrió que la santa mujer había traído todo lo necesario para el funeral, tal como se indicaba en la carta anterior. En efecto, había traído un paño color ceniza para cubrir el cuerpo del moribundo, varias velas, un sudario para su rostro, una almohada para su cabeza y un plato que el santo había deseado; en resumen, todo lo que el alma de este hombre había pedido, Dios se lo había sugerido.

**861** Continuaré la historia de esta peregrinación —pues así fue en verdad— para no dejar a la noble peregrina sin consuelo. La multitud, y especialmente los devotos de la ciudad, esperaban el inminente paso del Santo de la muerte a la vida. Pero cuando llegó la peregrina romana, el Santo se había recuperado un poco, y se creía que seguiría viviendo. Por lo tanto, la señora decidió despedir al resto del grupo, para quedarse sola con sus hijos y algunos escuderos. Sin embargo, el Santo le dijo: «No lo hagas, pues yo partiré el sábado, y tú irás el domingo con todos». Y así sucedió: a la hora profetizada, él que había luchado valientemente en la Iglesia militante entró en la Iglesia triunfante. Dejo de lado aquí la multitud, los coros que cantaban, el solemne tañido de las campanas, las copiosas lágrimas; dejo de lado el llanto de los hijos, los sollozos de los amigos, los suspiros de los compañeros. Me limitaré a narrar cómo la peregrina, privada del consuelo del Padre, fue consolada.

**862** 39. Por lo tanto, ella, empapada en lágrimas, es llevada aparte y acompañada secretamente hasta el cuerpo, y, colocando el cuerpo de su amigo en sus brazos, el vicario exclama: «¡Mira, tienes en tus brazos, en la muerte, al que amaste en vida!». Y ella, derramando lágrimas ardientes sobre ese cuerpo, redobla sus débiles gritos y sollozos, y repitiendo afectuosos abrazos y besos, levanta el velo para verlo abiertamente. ¿Qué más? Contempla aquella preciosa vasija, en el que se había escondido un tesoro aún más precioso, adornado con cinco perlas. Admira aquellas marcas, dignas de la admiración del mundo entero, que la mano del Todopoderoso había esculpido, y así, de repente, llena de una alegría inusual, revive por completo al ver a su amigo muerto. Inmediatamente sugiere que semejante milagro inaudito no debe ocultarse ni mantenerse en secreto por más tiempo, sino que, con muy sabia resolución, debe exhibirse para que todos lo vean. Entonces todos corrieron a ver aquel espectáculo, y vieron que Dios nunca había hecho cosas tan grandes por ninguna otra nación, y todos quedaron llenos de asombro.

Aquí hago una pausa, pues no quiero balbucear lo que no puedo describir. Juan el Pennates de

Frigia, entonces niño, más tarde procónsul de Roma y conde del Sacro Palacio, afirma libremente con sus propios ojos y manos lo que él, junto con su madre, vio y tocó, y lo confiesa sin lugar a dudas. Que la peregrina regrese ahora a su ciudad, consolada por el privilegio de tal gracia, y nosotros, tras relatar la muerte del santo, pasemos a otro tema.